

PROPUESTA PEDAGÓGICA DESDE LA CULTURA DEL MAÍZ¹

Autores²: Jairzinho Panqueba y Víctor Montaña

¿Por qué se juega el pique, el chole, el tuso?; tal vez esta pregunta no tenga respuesta en las voces de los indios Zenúes que, a diario, reviven estas actividades, ya sea porque en un tiempo eran una “necesidad” en medio de la actividad de siembra, o porque ahora se han erigido como un verdadero aporte a la cultura propia, no solamente de la zona, si no de la cultura Colombiana. La Cultura del Maíz es cuestión de lúdica, es cuestión de re-creación del mundo circundante, es cuestión de visión abstracta del mundo; pero también de acción colectiva, es cuestión de saborear una chicha e’maíz y en ella beberse toda la riqueza ancestral para alimentarse y comprender este mundo que cada vez tiende *pa’ lo* globalizador, *pa’ lo* inentendible, *pa’ lo* desconocido, *pa’ lo* incierto y hacia el desconocimiento de las diferencias, que deben ser tenidas en cuenta, entre otras cosas, como aporte para las muchas necesidades y posibilidades pedagógicas, que afloran a medida que se descubren o se muestran.

LA CULTURA DEL MAÍZ

Según informaciones de Gerardo y Alicia Reichel Dolmatoff, los Zenúes se asentaron, durante el periodo formativo, en tierras cenagosas. Allí tuvieron la oportunidad de recolectar, pescar y cazar cuanto le ofrecían la flora y la fauna terrestre y acuática, que debió ser de una abundancia sin precedentes. Por entonces la necesidad de una agricultura extensiva no era indispensable; apenas asomaban pequeños jardines próximos a las viviendas. Ajíes, tomates, frijoles y yuca satisfacían los complementos para las proteínas de origen animal. En este período, la yuca fue aprovechada en todas las formas posibles.

La vida apacible fue de improviso estremecida por la presencia de un fruto de excepcionales ventajas, pero también exigente, en cuanto a la preparación de la tierra, limpieza del cultivo, manera de cosecharlos. Pero sus manjares y beneficios fueron la compensación del sacrificio de su recolección y almacenamiento.

Se trata de la llegada del Maíz, “*un aporte intrusivo, completamente desarrollado*”, según Gerardo y Alicia Reichel Dolmatoff. El fruto trajo todas las técnicas de cultivo, procesamiento, artefactos de beneficio, almacenamiento y, según los antropólogos, los ritos de siembra y recolección.

Del conocimiento de los hábitos de la fauna del medio, apareció la coincidencia de la eclosión de los huevos de la Hicotea (quelonio-trachemis scripta callirrostris), con la fecha de la siembra del maíz durante el periodo de entrada de lluvias. Es claro que ya desde hacía años se consumía la Hicotea en diferentes épocas del año, dada su abundancia y facilidad de captura.

Pasados los años y cuando el nuevo cultivo se consideró como nativo, se fue afianzando la coincidencia de la eclosión de los huevos de la Hicotea con la fecha de la

¹ Referente analítico de la investigación titulada: *Una experiencia de Etnoeducación a partir de los juegos tradicionales y manifestaciones lúdicas ancestrales del pueblo indígena Zenú*. Beca 1998 Ministerio de cultura.

² Co-investigadores en el citado proyecto.

siembra del maíz. Llegó el momento en que se esperó este hecho para proceder a la siembra del maíz, costumbre que se mantuvo con la modalidad de tumba, quema y siembra en terrenos con bosques primarios o rastrojos de segundo año. Estas tres fases del cultivo del maíz, vienen a configurar algunos ritos lúdicos.

La Hicotea en su edad adulta se aparea entre diciembre y enero, gesta y desova entre febrero y marzo; los huevos los deposita en nidos bajo tierra, a una profundidad de hasta diez centímetros, y luego los recubre con una capa de tierra y material orgánico que opera como incubadora. Cuando el exceso de lluvia de las laderas empapa los nidos, se acelera la incubación y eclosionan los huevos. Para esta época, se pueden efectuar las siembras del maíz, con un alto porcentaje de rendimiento.

Cuando el maíz llega como “complejo cultural intrusivo”, se presenta la coincidencia de la fecha indicada para sembrar las semillas, con el momento de la eclosión de los huevos de la Hicotea. La Hicotea como complemento alimenticio y ya conocida desde antaño, se prestará para servir como indicio seguro preferible a cualquier otro entre los múltiples posibles.

Pasados los años y cuando ya se había perdido la noción de que el maíz había llegado desde fuera y se lo considerara como autóctono, el afianzamiento de los dos hechos se hizo más sólido y, como vínculo de esa afirmación, el consumo de la Hicotea se convirtió en homenaje a sus servicios, hasta se le invocó como agente protector de la cosecha hasta el punto de escalar a la condición de Tótem.

Aceptada la Hicotea en “*Indicio favorable*”, no fue difícil que se convirtiera en intermediaria para atraer las lluvias en caso de sequía durante el proceso de maduración de los granos. Y si la Hicotea nacía por efecto de las lluvias, “*algo tenía en su interior*”. ¿No sería acaso que para poder eclosionar los huevos, la Hicotea atrajera las lluvias? Aquí aparece otro integrante de la fauna incidente en la cosecha del maíz, pero de manera indirecta. Ocurre que los micos (*Alouatta seniculus*), existentes aún en los montes de la parte norte del resguardo, se agitan y cantan —más bien cantaban, pues las ciénagas hoy están deforestadas y por consiguiente, secas- con alcance de varios kilómetros, en la ciénaga antes de las lluvias, cuando baja la presión barométrica y se baja la temperatura que antecede a las lluvias. Esto produjo la creencia de que si se lograba un canto similar al de los monos se provocaban las lluvias. Pero como estos monos son de carácter díscolo y poco amigable, lo más indicado era imitar su canto. Aparece nuevamente la Hicotea. Resulta que si se toma el “*caparazón integral*” y se le aplica una película de “*cera de abeja montañera*” en el borde de la placa del peto, se convierte en un instrumento musical, y “*al frotar el borde de la placa con el canto de la mano*”, ésta placa vibra y emite un sonido similar al de los monos; el nombre de este instrumento es “*Mona*”.

Tenemos pues, nuevamente a la Hicotea vinculada al cultivo del maíz, ahora definiendo, básicamente, el rescate de la cosecha, pero después de muerta, en calidad de instrumento musical, que a no dudarlo, debe ser uno de los más antiguos dentro de la cultura Zenú.

Con estos antecedentes, sin duda milenarios, no es difícil entender las razones del por qué la Hicotea ha ocupado un lugar preponderante en el comportamiento alimenticio de las comunidades asentadas actualmente en la zona de influencia del río Sinú, y las razones por las cuales se come ritualmente en la época de Semana Santa. Ho» cuando nos encontramos con un indígena sinuano y le preguntamos: “¿cómo estuvo la Semana Santa?”, nos puede dar las siguientes respuestas: “estuvo mala, ni Hicotea comí”, o

“estuvo buena, me comí dos en garapacho”. En la primera, hay un estado de intranquilidad, incertidumbre o desesperanza. En la segunda se refleja la satisfacción, alegría o confianza. “Aseguranza” en el porvenir. La respuesta nunca se remitirá a algún acto religioso. Lo básico es la Hicotea.

¿Cómo fue que los españoles y religiosos permitieron que los indígenas comieran un animal que se apareaba para la reproducción, si dentro del rito judío estaba prohibido tal alimento y era obligatorio el ayuno? Las razones no fueron otras que: *“Los indígenas se negaban a sembrar el maíz si no se les permitía comer la Hicotea durante las fiestas pre-agrícolas”*.

El hecho se originó al coincidir la celebración de la Semana Santa con las fechas de siembra. Ya sabemos que la Semana Santa se celebra durante la semana del plenilunio luego del equinoccio de primavera, entre el 23 de marzo y el 23 de abril, lo que origina la movilidad de dicha fiesta y que en nuestro continente coincide con las primeras lluvias, que fueron las que orientaron en el pasado las siembras del maíz. Y puesto que este era y sigue siendo un cultivo autóctono de América y desconocido a los españoles -tal como lo afirmaba el doctor González Amaya-, resolvieron dejar de lado los remilgos religiosos y aceptar que se comiera la Hicotea, si con ello se procedía a la siembra del Maíz.

Este ejemplo nos muestra qué tan importante es el estudio de las culturas y cómo deben tratarse aquellos aspectos que lesionan puntos neurálgicos de una comunidad.

Al examinar los manjares con que se acompañan los festejos de la Semana Santa, podemos observar que todos giran alrededor de frutos típicos: chicha, frijoles ojo negro, cazabe, bollo de maíz con batata, palmito en sopas o mote, bagre pintado en revoltillo, Hicotea en sus variadas formas y el consabido dulce de mongo-mongo o calandraca, el cual se prepara con vegetales nativos en sazón: guayaba, mamey, papaya, piña, ñame y tomate (este mismo manjar se prepara en Nicaragua con el nombre de Cúmaza; no comen la Hicotea, pero sí la iguana en la celebración de la Semana Santa). De manera que el rito formal sigue siendo judío, pero el aspecto real es aborígen.

Ah, el sombrero vueltaio

La Cultura del Maíz hizo que el indígena de las sabanas del Sinú, llevara sobre su cabeza el famoso Sombrero Vueltaio, para afrontar el sol que quería siempre curtir su cara mientras él se dedicaba a recoger el maíz y a preparar una nueva cosecha.

“...El sombrero Vueltaio tiene su origen en la aparición del Maíz, cuando nuestros aborígenes llegaron a estas tierras y se volvieron sedentarios. Ellos vieron que para salir al patio había que cubrirse con algo; entonces, a la cesta que ellos hacían para recoger el maíz, le dejaron los pelitos, esos largos, y crearon las alas de nuestro sombrero... La cultura del maíz trajo el sombrero vueltaio y a mucho honor el sombrero vueltaio es americano, porque el maíz es americano y fue quien resolvió el problema de hambre a los europeos que llegaron a estas tierras en 1492. Por eso nosotros debemos sentirnos orgullosos y nunca inferiores a los monos de ojos verdes. Es bueno que recordemos las cosas viejas, que no nos dejemos apabullar de las cosas nuevas, tanto en el aspecto material como en el aspecto espiritual”

Lúdica y crónicas de juego del indio Zenú Chondo, Chole o Pepa

En relación con los rituales lúdicos, otro hecho notorio en la Semana Santa, es el juego denominado: “*chondo, chale o maco*”, conocido también hoy día como El Pepo, tiene su propia historia. El juego consiste en atinar en un hueco en la tierra y a una distancia del lanzador, similar a la que se necesita para sembrar las semillas del maíz, las nueces de un fruto llamado “*Pepa*” (chumbimbe en el Tolima) -*sapindus saponaria*- o “*jabón de montaña*”; ya que la pulpa que envuelve a la nuez, cuyo tamaño es igual a un grano de maíz, produce espuma. El juego no es otra cosa que renovar la destreza para el acto de la siembra de maíz durante la cosecha de Roza (a las primeras lluvias del año).

Transcurridos ya como veinte días de actividades en las Comunidades de esta parte norte del Resguardo, llegó una mañana Jair a jugar a la Escuela de Vidales con los niños del profesor Joselito, y se encontró con la grata sorpresa de ver justo a la salida del aula cinco huecos grandes, como de diez centímetros de diámetro, separados como unos quince centímetros uno del otro. Los niños tenían en sus manos unas pepitas negras que eran como unas semillitas de algún árbol. Salió pues Joselito, el profesor, y les empezó a explicar, a quienes se estaban acercando para mirar con curiosidad la actividad. Les dijo que en este juego se hacen varios huecos en el piso dependiendo del número de jugadores, que por lo general son de unas cuatro a seis personas.

Una niña llegó del kiosco por detrás del salón, traía una botella de esas en que viene como medio litro de aceite; la traía repleta de estas pepitas negras. Joselito cogió el frasco y pasó a su mano por lo menos unas veinte pepas y empezó a explicar que estas pepas se conseguían en un árbol llamado Pepo, del cual los indígenas hasta no hace mucho, e inclusive todavía hoy, sacan un jabón para lavar la ropa y matar los piojos; pero como en esta época no había mucha pepa, se estaba jugando también con piedrecitas y cuando había, se jugaba con granos de maíz. Los adultos en época de semana santa, lo jugaban mucho por aquí con monedas.

Y lanzó un niño hacia uno de los huecos, según dijo, diez pepas, de las cuales sólo dos fueron para adentro; luego, Joselito, con un pulso impresionante y dando más ventaja, pues lanzó desde más lejos, hizo volar sus pepas como si estuvieran pegadas, pues todas y al mismo tiempo cayeron allí en el hueco de donde se saldrían por ahí unas dos o tres; luego le recogieron diez pepas a Jair para que las tirara a su hueco, no debía lanzar o dejar que alguna de sus pepas se metieran al hoyo ajeno, pues estas se quedaban allá y al final del juego, el que tuviese más pepas en su hoyo, ganaría esa mano; y preciso, Jair lanzó con un estilo de jugador de tejo que más bien parecía como sí se hubiera acostado en el recorrido de las pepas para ganar terreno, tal vez lograría “cholar” como tres o cuatro; en fin, se acabó esa ronda y volvían a lanzar cada uno otra vez de a diez pepas, y así sucesivamente hasta que no hubo más pepas para atinar. Entonces cada uno contó el fruto de su siembra y de pura lógica que ganaba Joselito, de segundo, tercero y cuarto quedaron dos niños y Jair, y quinta una niña, que fue quien menos pepas tuvo en el conteo final.

Luego siguieron más lanzamientos, y otro, y otro, y otro y las pepas que entraban en cualquier hoyo se quedaban allí, mientras que las que quedaban afuera se recogían para completar las diez del siguiente jugador. Ahora estaban jugando a cuatro o cinco lanzamientos, según el número de lanzadores que hubiese o según los acordados previamente. Ganaba el que, como en la siembra del maíz, lograra cholar más en su hoyo.

Este juego, comentaban luego los profesores, se ha realizado tradicionalmente en la época de Semana Santa, como ya lo habíamos dicho antes en este escrito, pero se ha ido perdiendo dándole paso al dominó y a la baraja, con la que se juega al Arrancón, pero que como ya sabemos, estos son juegos de proveniencia extranjera, claro que adaptados o asimilados; *“debemos utilizar y transformar el medio según nuestras necesidades y lo debemos hacer de acuerdo a la cultura a la que pertenecemos”*, se comentó luego de la actividad. Los profesores se animaron y se originó al interior de este grupo la idea de organizar un campeonato de Pepo en la escuela, durante la semana venidera, con la justificación de encontrarlo muy novedoso, pues la mayoría de docentes no lo conocía y muy pocos niños lo entendían.

El Pique

Cuando se van a capturar las Hicoteas que se esconden debajo de la hojarasca de las plantas acuáticas, entre los meses de marzo y abril, porque se han retirado las aguas en las ciénagas, los habitantes se aprestan con *“Chuzo o Espeque”*, hechos con cañas de *“Lata”* (Bractis Minor), a hurgar los colchones con un movimiento similar al que se hace cuando se rotura la tierra para la siembra; es decir, la pica de monte, época durante la cual se pone en práctica otro juego conocido como el pique o pico, según lo afirmó el profesor Talaigua en la Escuela de la Comunidad de Flecha. El juego consiste en lanzar un palo puntudo (pique), no muy largo, al piso de tierra y clavarlo en el mismo lugar en donde cae el primero. Aquí, pues, otra muestra de la vinculación de la Hicotea con la siembra del Maíz.

El Tuso

Así se refirió Evaristo, el profesor de la Escuela de Vidales, acerca del Tuso: este juego se practicaba bastante en el Resguardo antes de llegar el béisbol y el fútbol. *“Los indígenas, luego de su jornada de trabajo cotidiano, se encontraban informalmente e iniciaban su juego, el cual muchas veces se prolongaba hasta la noche”*, relató el compae.

En la plaza de Vidales colocaron una tusa y encima cinco tapillas, pues eran cinco los que iban a jugar, Albeiro, el niño del curso cuarto, explicó la forma de jugar y se empezó a lanzar la teja; los grandes se apoderaron del juego y los profesores se unieron a la actividad. En otro escenario no muy lejano, César, el nieto del actual Cacique, llamó a sus compañeritos y lideró otro jueguito similar al Tuso, pero que se realiza con bolita e' cristal; se buscó dos tusas y encima les colocó a cada una su bolita, luego cada niño consiguió su piedra y empezaron a tirarle a las tusas buscando no sólo tumbar las canicas, pues para ganarse alguna, debía pegarle con su plancha o teja.

Igual sucedió allá en La Esmeralda cuando ya caía el sol. Camilo, llamó a los demás hacía una apartada cerca de uno de los salones de la Escuela, en la que todos ellos estudian. Los invitó a conseguir las tejas para empezar el Tuso; Elevery, que estaba jugando fútbol, dejó el partido y vino a echar-se su mano en el Tuso, colocaron unas tapillas encima de la Lisa y empezaron a tirarle a la base para conseguir ser mano. Aquí cada tapilla valía un dulce, pues Jair llevaba bastantes como para quedarse jugando toda la noche. Se jugaron no sé cuantas manos, lo cierto fue que como a las ocho de la noche no se podía ver muy bien -en esta época del año oscurece como a eso de las siete y media- y tuvieron que terminar su atardecer lúdico, lógicamente después de recibir la recompensa por su puntería y desempeño en el juego. Camilo, nueve dulces; Elevery, seis; “el mico”, como ocho; Norbey, creo que cinco; y Jair, como seis. Luego todos pa' donde Euclides a hablar y reposar un poco antes de coger para la casa. Allí estaba Roza,

quien empezó a charlar de todo un poco, mientras, también, le llegaba el momento de irse a dormir.

“... Y jugaba solito su barrilete y trenzaba acá”

En la casa de la señora Teodolinda Suárez, que queda como a 500 metros de la escuela de Cerro Vidales, la señora Teo habló sobre el cultivo de la Caña Flecha y de la Napa. Habló también de un inconveniente que tuvo cuando tenía que firmar el recibido de un dinero, pues tuvo que ensayar como tres días para poder firmar. Seguidamente empezó a dialogar sobre la vida Lúdica Ancestral del Resguardo:

“Yo por eso quiero decir a la gente que la Televisión sólo no es que pa’ ver novelas. No, ej q’ es pa ver película; yo mis papás me enseñaron a ver película. La gente de la sociedad pagaba como cinco centavos. Pero vi la misma cosa y nosotros aquí pagamos dos y estábamos como acá y veíamos la misma cosa. Y nosotros nos veníamos los sábados y los domingos y yo me veía cuatro películas. Por eso yo le digo a la gente, si seré que estoy cansada de ver película, o yo no sé, pero antes uno si veía películas buenas, como yo le digo a las muchachas de ¿qué son encuentran ahora en la música? Qué música oyen, ni es cumbia ni es ná, es solo q’ el pollito, el pollito, y que hay viene la yuca, ahí viene la yuca. Yo le digo, si quieren oír música búsquense a Alejandro Duran, Alfredo Gutiérrez, esa gente si que tocaba con guión bueno”.

“...A los juegos que uno jugaba así como en una mortoria, por eso yo le digo a los muchachos que ahora el muchacho no juega como antes, que antes el papá le compraba un barrilete -más conocida como cometa en el interior del país- o le hacía un barrilete y el muchacho jugaba barrilete solito, y el compraba su media libra de cañamito d’ese, dice uno, de atarraya y jugaba solito su barrilete - y trenzaba acá, al mismo tiempo que narraba, doña Teolinda; hacía los gestos y representaciones correa pon-dientes a lo que hablaba-. Eso me hizo acordar ahora que como anteriormente uno no usaba ni taburete, verdá, sino era como decir un trozo e’ palo como ese verdá, entonces el pelaito buscaba una piedrecita y estaba trenzando y viendo su barrilete; hoy día aonde se encuentra un pelao de esos, yo a veces les digo, pero estos nietos ya no tienen orejas...”

“...Yo a veces a la gente les respeto su tema, pero uno de humano, todos somos humanos igual; lo que hablaba yo con la gente civilizada, entonces yo le dije, bueno vamos a hablar de tú a tú, ajá, entonces como por decir algo, el Cacique lo llevan allá a Bogotá y le preguntan ¿cuál es su cultura?, e cuando usted se crió. Porque yo me acuerdo lo que decía el difunto Capitán Fera, “dice que eso es que la gente le nace”, mire yo en la vida he aprendido de todo, hacía uno de todo, yo a veces le digo a los muchachos y mire yo lo único que no aprendí en esta vida, aquí, es a eso que hacen las hermanas, las monjas Lauras de Cerro Vidales, a tejer. Pero mí mamá tejía y bordaba, pero mire,..., yo aprendí de primero a pegar botón, luego a coser.

“Mire pa’ ese tiempo uno hacía mucho trabajo, pero vea usted qué muchachos en esa época sabían leer. Ellos aprendieron aquí en Vidales, mi papá y muchos otros leían, pero en ese tiempo se dedicaba uno a jarriar agua, el pozo más cerquita era donde la suegra de mi papá, que yo creo que lo dejaron secar y eso pa’ uno entrar a ese pozo,... a ese señor le decían “el toro”, ese viejo era guapo; y los rencores que la gente sufrió en ese tiempo era que si esos tambucos son míos y usted está bravo conmigo y otro viene a buscar agua aquí en este pozo y los trae, por decir, no lo dejaban llenar agua”.

El Peñón, un rito lúdico en el agua

Quien llega donde el compae Euclides y no va al Peñón es como si no hubiera llegado; el rito es sencillo, mas no por eso deja de ser importante.

A la tarde, como a eso de las cinco, se ven regresar por el nororiente de la Comunidad de La Esmeralda Norte, los cuerpos aún húmedos de los niños que vienen acariciando con sus pies descalzos el sendero de tierra negra y piedras que viene desde el “Respiradero del mar” -algunos llaman con este nombre el mítico pozo-. Allí vienen parando de vez en cuando a bajar corozo, mamón o alguna otra fruta que bondadosamente van brindando los árboles que se aparecen por todos lados, vienen detallando su paisaje con la mirada puesta como en lo alto de los montes que bordean el sendero, como buscando el premio logrado por sus obras de arte realizadas hace sólo un momento con sus propios cuerpos, con el agua, con las piedras, con las ramas, con las conchas secas de los caracoles y con muchos otros elementos naturales que están vivos allí.

Camilo con su camiseta repleta de corozos, Elevery con unos mamones en la mano, Samit con una bolsa llena de corozo y mamón que bajaron del palo que está enseguida de la choza de su abuela; Eder, apartado del camino buscándose alguna fruta caída, y otros dos niños más conformaban el grupo que minutos antes había estado en plenitud lúdica con el agua, es decir, estuvieron no sólo nadando, que es lo que casi siempre se hace en el agua. No, este escenario ofrece múltiples posibilidades como bien lo explicaba Udaldo, uno de los profesores de esta Comunidad: *“Bueno, como eso es un pozo que ellos están a diario en permanente actividad con ese pozo, los niños más que todo, van y juegan, se bañan, hay un... yo creo que usted se ha dado cuenta del árbol ese que está junto, y que yo a veces les he dicho que es peligroso; de pronto no saben que piedra estará ahí, un palo o algo. Pero eso es un pozo, que por ejemplo, para la época de Semana Santa, él tenía su bastante conglomerado de personal; y venía gente de todas partes solamente a bañarse y a gozar, y a tomar ron y a pasar un rato. En el caso del Viernes Santo es muy turístico.*

“Bueno, la gente también lo ha abandonado; en una ocasión, al finalizar las clases el año pasado, hablamos con Carpio -es el Capitán Menor de La Esmeralda- para la recuperación del Peñón, pero él decía que si había alguna persona que estuviera pendiente para reforestación o recuperar ese sitio de recreación del Resguardo, se podía hacer. Este es un sitio muy bonito, tiene árboles muy grandes y es un lugar que no hemos tenido en cuenta para ir con los alumnos, sería muy importante que algunas clases se pudieran coordinar allí en el Peñón”.

Así ilustró Udaldo este paisaje, y es aquí donde precisamente salen las preguntas acerca de la función de la Escuela en el sentido de fomentar la creatividad a partir de las vivencias propias dentro del medio, de relacionarse directamente con las Comunidades y no de ir en contraposición a las cosas que cotidianamente viven los niños; ¿por qué no ir al Peñón en cualquier clase normal para vivir de cerca la operatividad de lo que en el aula se aprende?, ¿por qué siempre la limitación del espacio físico cuando se tiene el suficiente como para crear nuevas formas y posibilidades en todas las áreas del conocimiento?, ¿por qué ceñir-se al estricto reglamento que nos ofrecen los deportes de competencia?, ¿por qué no jugar más bien con todo esto que llega y en vez de hacer campeonato sobre campeonato, realizar intercambios lúdicos entre varias culturas y cooperar mutuamente con el crecimiento no sólo propio sino también de todos aquellos con quienes compartimos esta existencia?. Finalmente, ¿por qué no ofrecemos para que

los demás conozcan y por qué no asimilamos lo que otros pueblos nos brindan?, o será acaso cierto lo que escribía Eduardo Galeano a modo de conclusión sobre esta realidad, a propósito de la necesidad de ese rescate de la diversidad y de la oportunidad para que cada pueblo exprese su personalidad: *“Nunca el mundo ha sido tan desigual en las oportunidades que ofrece y tan igualador en las costumbres que impone: en este mundo de fin de siglo, quien no muere de hambre muere de aburrimiento.”*